

los relatos de calibre  38



AÚN ES NAVIDAD

(Christmas Even)

© Michael Connelly

La casa de empeños de los Reyes Magos en Hollywood Boulevard había sido víctima de tres robos en los dos últimos años. El método seguido las tres veces era similar y, por lo tanto, el Departamento de Policía de Los Ángeles sospechaba que el responsable de todos era un único ladrón. Pero este se cuidó mucho de no dejar ni huellas dactilares ni otras pistas de su identidad. No se practicaron detenciones y ninguno de los objetos robados pudo recuperarse. Nikolai Servan, el inmigrante ruso que era dueño de la tienda, dudaba a menudo del sistema de justicia de su país de adopción.

La mañana del día de Nochebuena, Servan, al abrir la puerta trasera de la casa de empeños, se encontró con que su negocio había sido víctima de un nuevo robo. Y también comprobó que el ladrón todavía estaba dentro. Este par de descubrimientos son los que llevaron a la casa de empeños de los Reyes Magos al detective Harry Bosch y a su compañero, Jerry Edgar.

Llegaron poco después de las diez de la mañana en un Chevy patrulla que Bosch había cogido en el parque de automóviles de la División de Hollywood. Ya sabían que un detective del departamento de robos, llamado Eugene Braxton, y Nikolai Servan esperaban dentro de la tienda, junto al cadáver.

—¡Mira, Harry! Esto parece un regalo de Navidad —dijo Edgar cuando Bosch paró el motor—. Sólo esperaban que lo abriéramos.

Edgar tenía razón. La pared exterior de la pequeña casa de empeños, de una sola planta, estaba pintada de un rojo llamativo. La cinta amarilla de la escena del crimen, que había sido colocada delante por los oficiales de patrulla, parecía un lazo. Bosch no se molestó en comentar la observación de su

compañero. Salió y cerró la puerta del coche.

Bosch permaneció un momento en la acera y estudió la fachada de la casa de empeños. Estaba entre un emporio porno y una tienda que ofrecía buzones privados para el correo. La puerta de seguridad de acero estaba abierta de par en par, lo más seguro por el propio Servan esa mañana, después de llamar a la policía. Bosch alzó la vista hacia el letrero delantero, situado sobre las ventanas de cristal. Vio que la formación triangular de tres bolas, el emblema internacional de las casas de empeño, había sido modificada para incluir una corona real sobre cada una de las bolas.

—Muy bonito —dijo Edgar, mirando también hacia el letrero.

—Mucho —dijo Bosch—. Vamos a lo nuestro.

—No te preocupes por mí, Harry. No aguanto estas cosas. Es Nochebuena. Quiero terminar esto y llegar a casa temprano por una vez.

Bosch entró en la tienda de empeños, pasó junto a multitud de bicicletas, equipos de golf, antigüedades e instrumentos musicales y llegó al mostrador donde esperaban Braxton y Servan.

Braxton, que había investigado los tres robos anteriores en los Reyes Magos, había llegado primero porque Servan tenía su tarjeta de visita pegada junto al teléfono. Cuando el dueño de la tienda llegó al trabajo esa mañana, y encontró al ladrón muerto detrás de la caja, no marcó el 911. Llamó a Braxton.

—¡Feliz Navidad, Brax!—dijo Bosch—. ¿Qué tenemos aquí?

—¡*Deck the Halls*¹, Harry!—dijo Braxton—. Un ladrón menos en el mundo. Y eso me hace más feliz en Navidad.

Bosch asintió y miró a Servan, que estaba sentado en un taburete alto al otro lado del mostrador. Tenía unos cincuenta años, con el cabello negro clareando en la parte superior. Aparentaba mucho músculo, pero estaba fondón. No

1 *Deck the Halls* (Adornen los salones) es el título de un villancico tradicional de origen galés

llevaba tatuajes visibles.

—Este es Nikolai Servan —dijo Braxton—. Es el dueño de esto.

Bosch pasó una mano sobre el mostrador para estrechar la de Servan. El ruso bajó del taburete y se la apretó con firmeza.

—Señor Servan, soy el detective Bosch. Este es el detective Edgar.

—Nick. Llámeme Nick, por favor.

Su acento era marcado. Bosch supuso que llevaba en el país pocos años. Edgar se acercó al mostrador y también le estrechó la mano.

Bosch esquivó a Braxton y fue hacia el área situada tras el expositor de cristal para las joyas. El cuerpo estaba tendido en el suelo, en un espacio cerrado. Era un hombre blanco vestido de negro de pies a cabeza, salvo la mano derecha. Le faltaba un guante, la pareja del que llevaba en la mano izquierda. Bosch se agachó junto al cuerpo como un *catcher* de béisbol y lo estudió sin tocar nada. Llevaba un pasamontañas de punto, para esquiar, sobre la cara, con aberturas para los ojos y la boca. Bosch indicó que los ojos estaban abiertos y los labios también, a pesar que los dientes estaban cerrados firmemente. Habló sin levantar la vista.

—¿Cuánto tardará el equipo forense y el científico?

—Están en camino —dijo Braxton—. Es todo lo que puedo decirte. Hoy no hay mucho tráfico, pero...

Los investigadores vendrían desde el centro de la ciudad. Bosch y Edgar habían conducido sólo ocho manzanas desde la comisaría donde estaban destinados.

—¿Conoces a este tipo, Brax?

—No puedo verle la cara lo suficiente para saberlo con seguridad.

Bosch no dijo nada y esperó. Sabía que Braxton habría echado un vistazo bajo el pasamontañas, aunque esto habría violado el protocolo de la escena del crimen.

—Se parece a un tipo que apareció hace unos cinco años, *Pendientes* Monty Kelman—dijo Braxton.

Bosch asintió con la cabeza.

—¿Es de por aquí?

—Sí. Aunque, por lo que he oído, solía llevar a cabo alguna tarea fuera de la ciudad. Andaba con un grupo que trabajaba para un tipo llamado Leo Freeling, fuera del Valle. Pero Leo se mató hace unos años. Desde entonces, creo que Monty se ha ocupado de sí mismo.

—¿Trabajaba solo?

—Depende del trabajo.

Bosch sacó un par de guantes de látex del bolsillo, los hinchó como globos para hacerlos encajar mejor y se los puso. Acomodó su posición y trató de girar el cuerpo un poco para comprobar las heridas y el guante que faltaba. No vio nada, pero no quiso mover más el cuerpo hasta que se tomaran fotos y los investigadores del forense examinaran la escena.

—Vamos a ver, ¿cómo murió este tío?

La pregunta era retórica, pero alzó la vista hacia Servan mientras lo decía. Pareció tomar al dueño de la tienda por sorpresa, como si hubiera sido acusado de algo. Servan abrió las manos y sacudió la cabeza.

—No lo sé —dijo—. Yo vengo a trabajar, abro la puerta, él está muerto ahí.

Bosch asintió con la cabeza y miró a su alrededor. Vio que Edgar ya no estaba allí. Miró a Braxton.

—Brax, ¿por qué no llevas al señor Servan a uno de los coches patrulla para que podamos trabajar aquí?

Mientras Braxton llevaba a Servan fuera, Bosch volvió al cuerpo y continuó su examen. Levantó la mano desnuda y la estudió, tratando de averiguar por qué no había guante. Notó una decoloración en la almohadilla del pulgar. Una línea amarilla pardusca. Había otra línea coincidente en el dedo índice. Usando ambas manos colocó el pulgar y el dedo juntos, alineando las dos marcas. Parecía como si la mano, la mano derecha, hubiera estado sosteniendo una pluma o algún otro instrumento delgado cuando se hicieron las marcas.

Bosch colocó cuidadosamente la mano en el suelo y se acercó hasta los pies. Le quitó la zapatilla derecha, una zapatilla deportiva de cuero negro con suela de caucho negro, y un calcetín negro. En la planta del pie del hombre muerto había una decoloración circular que era marrón en su centro, aclarándose amarilleando hacia el exterior.

—¿Qué ocurre, Harry?

Bosch levantó la vista. Era Braxton.

—Todavía no estoy seguro. ¿Ves un guante? Al tipo le falta un guante.

—Aquí.

Era Edgar. Estaba detrás de otro expositor al otro lado de la tienda. Bosch se levantó y se acercó. Edgar se agachó y señaló debajo de una vitrina.

—Hay un guante de cuero negro debajo de esta vitrina. No sé si es la pareja, pero es un guante.

Bosch se puso de rodillas para poder mirar debajo. Metió la mano y sacó el guante.

—Parece igual—dijo.

—Si no encaja, debes absolverlo—dijo Edgar.

Bosch lo miró.

—Johnnie Cochran —dijo Edgar—. Ya sabes, el O.J. de los guantes².

—Ya.

Bosch se levantó. Una de sus rodillas crujió. Miró dentro de la vitrina. Tenía dos pequeñas baldas iluminadas desde el interior. En las estanterías había artículos que parecían caros. Monedas y algunas pequeñas esculturas de jade, pastilleros de oro y plata, estuches de cigarrillos y otros artículos adornados y enjoyados. Eran objetos caros. La mayoría de las monedas, según Bosch, eran rusas.

Bosch se alejó del expositor y examinó la tienda. Aparte de las dos vitrinas, lo demás parecía, en su mayoría, basura. Las propiedades de personas financieramente desesperadas, dispuestas a entregar cualquier cosa a cambio de dinero en efectivo.

—Brax —dijo Bosch—. ¿Por dónde entraron?

Braxton señaló hacia atrás. Bosch y Edgar lo siguieron. Llegaron a una habitación trasera utilizada como oficina y almacén. Grava y otros escombros estaban esparcidos por el suelo. Los tres levantaron la vista. Había un agujero en el techo. Tenía medio metro de ancho y se veía el cielo azul a su través.

—Es un doble techo —dijo Braxton—. No se tarda mucho en cortarlo. Quizás una media hora.

—Esto haría ruido —dijo Edgar—. ¿A qué hora cierra el palacio porno?

—Recuerdo que lo comprobé alguna de las otras veces que entraron a robar— dijo Braxton—. Cierra a las cuatro y vuelve a abrir a las ocho. Cuatro horas libres.

2 Johnnie Cochran fue el defensor de O.J. Simpson, citando en el juicio que, si la evidencia no es clara, debe absolverse al acusado “doesn't fit, you must acquit”

—¿Entraron por el techo en los otros tres robos? —preguntó Bosch.

Braxton sacudió la cabeza.

—Forzó la puerta trasera las dos primeras veces y luego el techo. Esta es la segunda vez que lo hace por aquí.

—¿Crees que fue Monty las otras tres veces?

—Sin duda. Es lo que hacen estos tipos. Entrar en los mismos lugares una y otra vez. Tras la segunda vez que forzaron la puerta trasera, el señor Servan la reforzó añadiendo una barra de acero. Así que el tipo subió por la cubierta.

—¿Por qué este mismo lugar tantas veces? —preguntó Edgar.

—Hay muchos inmigrantes que vienen por aquí. Rusos, coreanos, de todas partes. Empeñan los objetos que se trajeron de sus países. Jade. Oro. Monedas. Cosas pequeñas y caras. A los ladrones les encanta esa mierda, hombre. ¿Esa vitrina donde encontraste el guante? Todo es así. Por eso entró el tipo. Lo que no sé es por qué terminó detrás de la vitrina de la joyería.

—¿A cuánto asciende el botín en los tres golpes anteriores? —preguntó Bosch.

—Probablemente entre cuarenta y cincuenta mil dólares —dijo Braxton—. Es mucho para una de una casa de empeños, pero es de lo mejorcito. Por eso la siguieron atracando.

Un patrullero entró en la habitación y les dijo a los detectives que el grupo del médico forense había llegado.

Los tres detectives continuaron juntos durante un momento para discutir las impresiones iniciales y la teoría de Bosch sobre lo que le había sucedido al ladrón y para establecer una estrategia en la investigación. Se decidió que Edgar permanecería en la escena del crimen y asistiría a los forenses si fuera necesario. Bosch y Braxton se encargarían de Servan y de la notificación al

pariente más cercano del muerto.

Tan pronto como el investigador del forense tomó las huellas de la mano expuesta del ladrón, Bosch y Braxton se dirigieron de nuevo a la división de Hollywood junto con Nikolai Servan.

Bosch escaneó las huellas en el ordenador y las envió al laboratorio del Parker Center, en el centro de la ciudad. Luego realizó una entrevista formal a Servan y la grabó. Aunque el prestamista no añadía nada nuevo a lo que les había dicho en su tienda, para Bosch era importante tener grabada en cinta la historia.

Cuando terminó la entrevista recibió un mensaje de un técnico de huellas llamado Tom Rusch. Las impresiones, analizadas por ordenador, correspondían a un ex convicto de treinta y nueve años llamado Montgomery George Kelman. Kelman estaba en libertad condicional por una condena por robo.

Para localizar al agente de libertad condicional de Kelman y obtener la dirección y el empleador actuales del muerto, Bosch tuvo que realizar tres llamadas. Le dijeron que Kelman trabajaba por las mañanas en un restaurante de Hillview. El agente de libertad condicional ya había recibido esa mañana una llamada telefónica del dueño del restaurante, quien informó que Kelman no había aparecido en el trabajo ni había llamado diciendo que estaba enfermo, tal como dictaban las normas de libertad condicional. El agente pareció complacido al saber que no tenía que molestarse en llenar todos los trámites necesarios para demostrar que Kelman violó la libertad bajo palabra.

—¡Feliz Navidad! —le dijo a Bosch antes de colgar.

Después de comprobar por teléfono con Edgar que los técnicos todavía seguían trabajando con el cuerpo y la escena del crimen, Bosch dijo a su compañero que la víctima había sido identificada como Kelman y que él y

Braxton iban a la dirección que el agente de la libertad condicional les había proporcionado. También le comunicó que iban a dejar a Nikolai Servan en una sala de interrogatorios en la comisaría.

La dirección de Monty Kelman era un apartamento en Los Feliz cerca de Griffith Park. Al llamar Bosch, les abrió una mujer joven en pantalones cortos y camiseta de cuello alto de manga larga. Era muy delgada, demacrada. Obviamente, drogadicta. Se desplomó de golpe, en posición fetal sobre el sofá, cuando le dieron las malas noticias sobre Monty. Mientras Braxton trataba de consolarla e informarse sobre ella al mismo tiempo, Bosch echó un rápido vistazo al apartamento de un dormitorio. Como esperaba, no había ninguna señal de que perteneciera a un ladrón. Este apartamento era legal, el lugar que visitaba el agente de libertad condicional y donde Kelman mantenía la apariencia de una vida respetuosa de la ley. Bosch sabía que cualquier ladrón activo en libertad condicional mantendría un lugar secreto, un piso franco, para sus herramientas y su botín.

En el dormitorio había un pequeño escritorio en el que Kelman guardaba su talonario y sus papeles personales. Bosch revisó las cuentas de los cheques y no vio nada extraño. Miró todo lo demás del cajón, pero no encontró ninguna pista sobre el piso franco de Kelman. No se preocupaba excesivamente por ello. Era sólo un cabo suelto, algo que sería de mayor preocupación para Braxton, como detective de robos, que para Bosch.

Cuando se giró para salir del dormitorio, vio un saxofón apoyado en un soporte en la esquina de la puerta. Reconoció por su tamaño que era un saxo alto. Se acercó y lo levantó entre sus manos. Parecía viejo, pero bien cuidado. Era de latón pulido y vio el paño de pulir en la boca del instrumento. Bosch nunca había tocado el saxofón, ni siquiera lo había intentado, pero el sonido del instrumento era la única música que lo había iluminado realmente por dentro algunas veces.

Sostuvo el instrumento con una reverencia que rara vez exhibía para cualquier persona o cosa. Y por un momento estuvo tentado de llevar la boquilla a sus labios y tratar de hacer sonar una nota. En lugar de eso, agarró el instrumento de la misma manera que había visto a incontables músicos, desde Art Pepper a Wayne Shorter, aferrarse a los suyos.

—Harry, ¿tienes algo? —dijo Braxton desde la otra habitación.

Bosch llevó el saxofón a la sala de estar. La mujer estaba sentada en el sofá, con los brazos cruzados sobre el pecho. Las lágrimas le caían por la cara. Bosch no sabía si lloraba por su amor perdido o por sus papelines perdidas.

Levantó el saxofón.

—¿De quién es?

Tragó saliva antes de contestar.

—Es de Monty. Era.

—¿Tocaba?

—Lo intentó. Le gustaba el jazz. Siempre decía que quería estudiar. Nunca lo hizo.

Una nueva oleada de lágrimas cayó por sus mejillas.

—Tiene que ser valiente —dijo Braxton, ignorándola y hablando con Bosch—. Puedo comprobarlo en el ordenador en cuanto volvamos. En estos casos, el nombre del fabricante y el número de serie están grabados dentro de la campana.

Señaló la boca del saxofón.

—Ahí. No me sorprendería si hubiera salido de la tienda de Servan en uno de los primeros golpes.

Bosch sacó el paño de fieltro de la abertura y miró dentro. Había una

inscripción en el latón curvado, pero no podía leerla. Se acercó a la ventana e inclinó el instrumento para que la luz del sol inundara la boca. Se inclinó y giró el instrumento para poder leerlo.

CALUMET INSTRUMENTS

CHICAGO, ILLINOIS

FABRICADO PARA QUENTIN MCKINZIE, 1963

“THE SWEET SPOT”

Bosch lo leyó de nuevo y luego una tercera vez. De repente, se agitó la base de su fortaleza. Un recuerdo llenó sus pensamientos. Un músico bajo el dosel instalado en la cubierta de una nave. Los soldados se acercaron. Los que estaban en silla de ruedas, los hombres que habían perdido sus miembros, en la parte delantera. El hombre tocando el saxo, doblándose hacia arriba y hacia abajo y hacia dentro y hacia fuera como Sugar Ray Robinson acercándose desde la esquina del cuadrilátero. La música, hermosa y ágil, iluminándolo. El mejor sonido que había escuchado nunca. La maldita luz al final de todos sus túneles.

—Jesús, Harry, ¿qué dice?

Bosch miró a Braxton, el recuerdo retrocediendo hacia la oscuridad.

—¿Qué?

—Parece que has visto a un fantasma escondido ahí dentro. ¿Qué dice?

—Chicago. Fabricado en Chicago.

—¿Calumet?

—¿Cómo lo has sabido?

—Soy detective del Departamento de Robos. Es mi trabajo saberlo. Calumet era una de las grandes. Pero hace mucho tiempo. Podríamos localizarla.

Bosch asintió con la cabeza.

—¿Has terminado aquí? —preguntó—. Vámonos.

En el camino de regreso a la comisaría, Bosch dejó conducir a Braxton para poder estudiar el saxofón.

—¿Cuánto vale algo así? —preguntó a mitad de camino.

—Depende. Nuevo, estás hablando de miles. Para un prestamista, probablemente un centenar de dólares.

—¿Has oído hablar de Quentin McKinzie?

Braxton sacudió la cabeza.

—No creo.

—Lo llamaron Sugar Ray McK. Porque cuando tocaba el saxofón, se balanceaba y fintaba como el boxeador Sugar Ray Robinson. Era bueno. Era sobre todo un músico de sesión pero publicó algunos discos muy buenos. *The Sweet Spot*, ¿nunca oíste esa melodía?

—Lo siento, hombre, no soy muy de jazz. Para mí es demasiado obvio, ¿sabes? Detectives y jazz. Me escucharía a mí mismo.

Bosch se sintió decepcionado. Quería contarle lo que ocurrió ese día en el barco, pero si Braxton no apreciaba el jazz no podía explicarlo.

—¿Cuál es la conexión? —preguntó Braxton.

Bosch levantó el saxofón.

—Este es el suyo. Lo dice aquí dentro: "Fabricado para Quentin McKinzie". Y Quentin es Sugar Ray McK.

—¿Lo has visto tocar alguna vez?

Bosch asintió.

—Una vez. En 1969.

Braxton silbó.

—Hace mucho tiempo. ¿Crees que todavía estará vivo?

—No lo sé. No está grabando. El último disco que publicó fue *Man with an Ax*. Hace al menos diez años. Tal vez más. Fue una recopilación.

Bosch miró el saxofón.

—De todos modos, no puede grabar sin esto.

Sonó el móvil de Bosch. Era Edgar.

—Harry, ¿dónde andas?

—De camino de regreso a comisaría. Acabamos de ver el apartamento de Kelman.

—¿Hay algo?

—Realmente no. Una drogadicta y un saxofón. ¿Qué tienes tú?

—Lo primero, hay problemas de lividez. Alguien lo movió.

—¿Y qué dice el forense?

—Por el momento, va con tu teoría. Electrocutado. Las quemaduras en la mano y el pie, entrada y salida.

—¿Has encontrado la instalación? ¿La instalación fantasma?

—He mirado por todos lados. No he podido encontrarla.

Bosch pensó en todo esto. La lividez post mortem se debe al asentamiento de la sangre en un cadáver. Era una línea de gravedad morada. Si se mueve el cuerpo después de que la sangre se haya asentado, aparecerá una nueva línea

de gravedad. Es algo muy simple pero que la mayoría de la gente desconoce.

—¿Has mirado en la vitrina donde estaba el guante?

—Sí, claro que miré. No puedo encontrar ninguna instalación eléctrica que pueda explicar esto. El expositor del que hablas tiene iluminación interna, pero no funciona mal.

Braxton se detuvo en el estacionamiento de la parte trasera de la comisaría, en un lugar reservado para los coches de los investigadores.

—¿Has hecho un inventario de lo que llevaba el tipo?

—Sí, nada. Bolsillos vacíos. Sin ningún tipo de identificación o cualquier otra cosa.

—Está bien, ya estamos en comisaría. Déjame pensar un poco y te vuelvo a llamar.

—Lo que sea, Harry. Sólo quiero salir a tiempo esta noche de aquí y no me gusta su apariencia.

—Lo sé, lo sé.

Bosch apagó el móvil y bajó del coche con el saxofón.

—¿Tiene algo? —preguntó Braxton.

—No mucho —dijo Bosch por encima del coche—. Electrocutado.

—Lo que dijiste.

—Cuando lleguemos, ¿puedes sacar los informes de los tres robos anteriores en los Reyes Magos?

—Por supuesto. ¿Qué hay de Servan?

—Enseguida estoy con él, pero voy a dejar que se vaya calentando un rato.

Entraron en comisaría y bajaron a la oficina de detectives, donde se separaron,

Braxton fue al Departamento de Robos para obtener los informes y Bosch al pasillo trasero que llevaba a las salas de interrogatorios. Servan estaba en la sala 3, dando vueltas en el pequeño cubículo cuando Bosch abrió la puerta.

—Señor Servan, ¿está bien? Enseguida terminamos.

—Sí, estoy bien, estoy bien. ¿Qué ha encontrado?

Señaló el saxofón. Bosch asintió con la cabeza.

—¿Esto pudo salir de su tienda?

Servan estudió el instrumento y asintió vigorosamente.

—Creo que sí.

—De acuerdo, bueno, lo averiguaremos con seguridad. Tenemos algunas cosas que hacer y luego nos pondremos en contacto de nuevo. ¿Quiere un café o usar el baño?

Servan rechazó las dos cosas y Bosch lo dejó allí. Cuando llegó a la mesa de homicidios empezó su investigación sobre Quentin McKinzie, realizando búsquedas en el registro de vehículos, en el de votantes y en los archivos de delitos. Encontró varios arrestos por posesión de drogas en Los Ángeles en los años setenta y ochenta, pero ninguna dirección y nada que diera una pista sobre su paradero actual.

Braxton se acercó y dejó tres delgadas carpetas sobre su escritorio. Bosch le dijo que cogiera la foto de Monty Kelman que habían obtenido en el ordenador y se la mostrara a Servan para ver si reconocía a Kelman como cliente de la tienda.

Tras marcharse Braxton, Bosch empezó a mirar los informes de los robos, comenzando por el primero producido en los Reyes Magos. Rápidamente revisó las páginas hasta llegar al inventario de bienes robados. No había ningún saxofón en la lista. Leyó la relación de artículos enumerados y

determinó que todos eran pequeños objetos robados de la vitrina encendida.

Volvió al resumen que había escrito Braxton. Informaba que el desconocido, sospechoso o sospechosos, había destrozado la puerta trasera para entrar en el establecimiento y después había vaciado la vitrina que contenía los artículos de mayor valor en la tienda. Braxton señaló que la vitrina tenía una cerradura que pudo ser abierta por el ladrón o se había dejado sin cerrar por descuido.

Pasó al siguiente informe y encontró un saxofón en el inventario de bienes robados. Indicaba que era solamente un saxofón alto, pero no había más datos y ningún apunte sobre quién era la persona que había empeñado el saxofón. Leyó el resumen y se encontró con que era una reproducción del primer informe: el ladrón o los ladrones entraron a través de la puerta trasera, abrieron la vitrina y se llevaron todos los objetos de valor. Parecía que llevarse el saxofón pudo deberse a una reflexión tardía y Bosch lo sabía ahora porque Monty Kelman siempre había querido aprender a tocar el saxofón.

El tercer informe era exactamente igual, con la única excepción del método de entrada. Esta vez, con la puerta de atrás reforzada, el ladrón o ladrones practicaron un agujero en el techo y entraron. Forzaron la cerradura de la vitrina y las estanterías se vaciaron por tercera vez.

Las pérdidas por los tres robos sumaban una cantidad de 40.000 dólares. Servan tenía seguro, aunque Bosch suponía que las primas aumentarían cada vez más. La mayoría de los artículos robados eran artículos en venta, lo que significaba que sus dueños originales habían dejado transcurrir el período del empeño y habían pasado a ser propiedad de Servan.

Braxton entró desde el pasillo trasero y se acercó a la mesa de homicidios.

—Sí, lo reconoce, —dijo—. Entró en la tienda hace un par de días y miró algunas de las monedas de la vitrina.

—¿Le había visto antes?

—Piensa que sí, pero no está seguro.

—¿Trabaja alguien más, con él, en esa tienda?

—No, es un negocio personal. Seis días a la semana, de nueve a seis. La típica historia de inmigrantes.

Bosch se recostó en su silla y se peinó un lado del bigote con el pulgar. No dijo nada. Después de unos momentos, Braxton se cansó de esperar.

—Harry, ¿necesitas algo más?

Bosch ni lo miró.

—Um, ¿puedes volver y preguntarle sobre la vitrina?

—¿La vitrina? ¿Te refieres al expositor forzado?

—Sí, pregúntale si está seguro de que la cerró todas las veces. Y en todos los robos.

Braxton seguía esperando junto a la mesa.

—¿Qué pasa?

—Dime qué es lo que soy. ¿Tu chico de los recados?

—No, Brax, eres el chico en quien confío. Ve a hacerle esas preguntas.

Bosch se quedó esperando, acariciándose el bigote y aparentando que pensaba. Braxton no tardó en marcharse.

—Dice que cerraba siempre esa vitrina. Incluso cuando el negocio está abierto, la vitrina está cerrada. Sólo la abre para meter o sacar algo. Después, siempre la cierra. Guarda la llave consigo todo el tiempo. Y no hay copias.

—Entonces el ladrón usó ganzúas.

—No hay otra manera

Bosch asintió con la cabeza.

—Um, una cosa más, Brax. El saxofón. Tienen que guardarse los registros de los empeños, ¿verdad?

—Por supuesto, tiene que guardarlos y también mandarnos copias a nosotros. El detalle del producto empeñado. Así se comparan los inventarios de los empeños con los informes de objetos robados. Y así podemos encontrar coincidencias.

Bosch se acercó y cogió el saxofón del escritorio.

—¿Cómo puedo averiguar quién empeñó esto?

Braxton se sorprendió.

—¿Qué tiene que ver eso con todo esto?

—Nada, por lo que veo. Pero quiero averiguar quién lo empeñó.

—No debería ser demasiado difícil. Los chicos guardan todo separado por tiendas de empeños, aunque en cajas de zapatos. Sólo tendrían que mirar en la caja de los Tres Reyes. Dependiendo de cuándo se empeñó, podría estar todavía ahí.

—¿Cómo funcionaría mejor, los llamas tú o los llamo yo?

—No les va a gustar de ninguna manera, pero déjame un poco...

—Gracias, tío.

Bosch miró su reloj. Era casi mediodía.

—Y diles que me gustaría saberlo hoy.

—Se lo diré, pero dudo que prometan algo. Es Nochebuena, Harry. La gente quiere llegar a casa temprano.

—Diles que es importante.

—¿Para ti o para nuestro caso?

Bosch no respondió y Braxton volvió finalmente a su escritorio para hacer la llamada. Harry se concentró en los tres informes de robo. Cuando terminó, se levantó y bajó por el pasillo trasero hasta las salas de interrogatorios. En lugar de entrar en la 3, donde estaba Servan, entró en la 4 y miró a través del espejo al prestamista. Estaba sentado a la mesa con los brazos cruzados y los ojos cerrados. Igual estaba durmiendo o, quizás, meditando. Tal vez ambas cosas.

Salió de la sala y volvió a la mesa de homicidios. Se sentó y volvió a coger el saxofón. Le gustaba palparlo, con esa sensación única al sentir su peso. Sabía que el instrumento podía producir un sonido que reflejaba toda la tristeza y esperanza de la humanidad, y eso lo hizo detenerse. Una vez más, recordó el día en el barco. Sugar Ray meneándose y contorneándose a través de *The Sweet Spot* y otros temas. Y aquel día, Bosch se enamoró de ese sonido. Lo sentía como si hubiera venido de algún lugar profundo dentro de sí mismo. Desde entonces, nada fue lo mismo.

Emergió de sus recuerdos y se acercó a una estantería que discurría por encima de la fila de archivadores. Cogió uno de los manuales forenses y miró el índice. Encontró lo que quería y buscó la página. Estaba sentado, leyendo el manual, cuando su móvil chirrió y lo sacó de su bolsillo. Era Edgar.

—Harry, están terminando por aquí. ¿Quieres que vuelva?

—Todavía no.

—Bueno, pero... ¿qué estamos haciendo?

—No había nada en el cuerpo, ¿verdad? ¿Ninguna herramienta, ganzúas...?

—Eso es. Ya te lo dije.

—Acabo de releer los informes de los tres casos. Esa vitrina fue abierta una y otra vez. Forzada las tres veces. Y Servan dijo que siempre estaba cerrada.

—Bueno, pero no tenemos ninguna ganzúa, Harry. Supongo que quien movió

el cuerpo las cogió.

—Fue Servan.

Edgar se quedó callado y luego dijo:

—¿Por qué no me lo explicas, Harry?

Bosch pensó por un momento antes de hablar.

—Le han robado tres veces en dos años. Y cada vez roban objetos de gran valor. Es difícil trabajar con ganzúas con los guantes puestos. Servan, probablemente, pensó que la única vez que el ladrón se quitó los guantes fue para trabajar con las ganzúas. El acero se mete en una cerradura de acero.

—Y si conectaba cien voltios en esa cerradura, podría cascarle el corazón al ladrón.

—No necesariamente. He estado sentado aquí leyendo uno de los manuales. Ciento diez voltios puede parar un corazón, pero todo depende. Hay una fórmula. Tiene que ver con la resistencia al paso de corriente. ¿Sabes? Como piel seca frente a piel húmeda, cosas así.

—Este tipo se quitó el guante. Probablemente tenía la mano sudada.

—Exactamente. Así que si la resistencia era baja y Servan había colocado de alguna manera una tensión de 110 voltios en esa cerradura, entonces la sacudida inicial podría haberle contraído los músculos y dejar a nuestro ladrón incapaz de soltar la ganzúa. La intensidad pasa a través de él, golpea el corazón y aparece la fibrilación cardíaca.

—La fibrilación cardíaca puede ser causa natural, Harry.

—No cuando usas 110 voltios para conseguirlo.

—Entonces estamos hablando de algo más que homicidio. Nos ha mentido.

—El fiscal decidirá todo eso. Nosotros sólo tenemos que presentar los hechos.

—Por cierto, ¿cómo sabías que tenías que quitarle el calcetín y buscar la quemadura de salida?

—Por las quemaduras en sus dedos. Las vi y sólo me quedaba una opción.

—Bueno, has dado en la diana, socio.

—Tuve suerte. Así que ahora tienes que mirar la vitrina y averiguar cómo la cableó. ¿Se han marchado los investigadores?

—Todavía están haciendo las maletas.

—Diles que cojan la vitrina como prueba.

—¿Toda la vitrina? Tiene tres metros de largo.

—Que la lleven con ellos. Y tú con ella, también. La vitrina es la clave. Y diles que tengan cuidado.

—Van a tener que conseguir un camión de Servicios Especiales.

—Lo que sea. Llámalos ahora. Ya.

Bosch cerró el teléfono y se levantó de su escritorio. Bajó por el pasillo, más allá de la oficina de vigilancia, a los vestuarios. Compró dos paquetes de galletas de mantequilla de cacahuete de la máquina expendedora. Abrió uno y se comió todas las galletas mientras volvía a la oficina de detectives. Puso el otro paquete en el bolsillo de su chaqueta para más tarde. Y se paró para tomar un vaso de agua.

Braxton lo esperaba en la mesa de homicidios con una hoja de papel en la mano.

—Tienes suerte —le dijo a Bosch mientras se acercaba—. Un tipo empeñó ese saxofón hace dos años, pero todavía tenían el resguardo.

Le dio la hoja de papel a Bosch. Era una fotocopia de la hoja de empeño. Contenía el nombre, la dirección y los números de teléfono del cliente. El

hombre que había empeñado el saxofón de Quentin McKinzie se llamaba Donald Teed. Vivía en el Valle. Nikolai Servan le había dado 200 dólares por el instrumento.

Bosch se sentó y vio que Teed había incluido el número de teléfono de su trabajo, un código de Hollywood. Eso explicaba por qué un hombre que vivía en el Valle había utilizado una casa de empeño en Hollywood. Cogió el teléfono y marcó el número de trabajo de Teed. Inmediatamente contestó una mujer que dijo: ¡Edad espléndida!

—¿Perdone? —dijo Bosch.

—Residencia Splendid Age³, ¿puedo ayudarle?

—Sí, por favor ¿Tienen un residente llamado Donald Teed?

—¿Un residente? No. Donald Teed es un empleado. ¿A eso puede referirse?

—Por supuesto. ¿Está ahí?

—Sí. Está aquí, pero no sé por dónde andará ahora. Es un celador y anda de un lado para otro. ¿Quién le llama? ¿Para qué es?

Bosch sintió que las cosas empezaban a encajar. Decidió lanzarse a la piscina.

—Soy un amigo. ¿Puede decirme si hay otro amigo mío? Se llama Quentin McKinzie.

—Sí, el señor McKinzie es residente nuestro. ¿De qué se trata?

—Llamaré de nuevo.

Bosch colgó el teléfono y sus ojos se dirigieron hacia el saxofón.

Nikolai Servan abrió los ojos cuando Bosch entró por la puerta. Bosch puso el papel que llevaba sobre la mesa y se sentó frente a Servan, doblando los brazos y apoyando los codos encima de la mesa casi como una imagen

3 Splendid Age Retirement Home

reflejada en un espejo.

—Señor Servan, hemos chocado con una pared.

—¿Una pared?

—Un problema. En realidad, varios. Y me gustaría darle la oportunidad de decirme la verdad esta vez.

—No entiendo. He dicho la verdad. He dicho la verdad.

—Creo que se dejó algo en el tintero, señor Servan.

Servan juntó las manos sobre la mesa y sacudió la cabeza.

—No, lo he dicho todo.

—Ahora voy a leerle sus derechos, señor Servan. Escuche atentamente lo que le leo.

Bosch leyó a Servan sus derechos, que llevaba escritos sobre el papel que estaba en la mesa. Luego lo giró y pidió al prestamista que lo firmara. Le dio la pluma. Servan vaciló y pareció leer lentamente la forma de renunciar a sus derechos. Cogió la pluma y firmó. Bosch hizo la primera pregunta en el momento justo en que la punta de la pluma dejó de deslizarse por el papel.

—A ver, ¿qué hizo con las ganzúas del ladrón, señor Servan?

Servan mantuvo los labios apretados durante un largo momento y sacudió la cabeza.

—No entiendo.

—Claro que sí, señor Servan. ¿Dónde están las ganzúas?

Servan lo miró fijamente.

—De acuerdo —dijo Bosch—, probemos otra cosa. Dígame cómo ha conectado eléctricamente esa vitrina.

Servan inclinó la cabeza una vez.

—Quiero un abogado ahora —dijo—. Por favor, ahora quiero un abogado.

Bosch se detuvo frente a la Residencia Splendid Age y salió del coche con el saxofón y el soporte. Escuchó música navideña escapando por una ventana abierta. Elvis Presley cantando *Blue Christmas*.

Se imaginó a Nikolai Servan pasando la nochebuena y el día de Navidad en los calabozos del Parker Center. Probablemente sería la primera vez en su vida que había visto un calabozo.

La Fiscalía de Distrito no decidiría hasta después de las vacaciones si lo acusaban o lo dejaban libre. Bosch suponía que probablemente sería esto último. El caso contra el prestamista estaba lleno de dificultades. Servan había declarado bajo juramento y desde entonces estaba mudo. Durante la tarde, buscaron en su casa, en su automóvil, en la tienda de empeños y en los contenedores de basura del callejón, sin encontrar las ganzúas de Monty Kelman o el sistema con el que se manipuló la vitrina para la descarga eléctrica fatal. Incluso sería difícil de probar en un tribunal de justicia la causa de la muerte. El corazón de Kelman había dejado de latir. Una descarga eléctrica había causado fibrilación ventricular pero, en el tribunal, un abogado defensor inteligente podría argumentar que las marcas de quemaduras en la mano y en el pie de la víctima no fueran determinantes y ni siquiera estaban relacionadas con su muerte.

No era nada en comparación con la principal dificultad: la víctima era un ladrón muerto durante la comisión de un delito. Los había cometido repetidas veces contra el acusado. ¿Podría un jurado afirmar que Nikolai Servan hubiera puesto esa trampa fatal? Probablemente no, les dijo el fiscal a Bosch ya Edgar.

Bosch planeaba regresar a la casa de empeños a la mañana siguiente. En su libro de contabilidad personal, o todos contaban o no contaba nadie. Eso incluía a los ladrones. Miraría hasta encontrar las ganzúas o el alambre que Servan había usado para matar a Monty Kelman.

Al acercarse a la puerta de la residencia de jubilados, notó que no había mucho que ver. Semejaba la última parada para pensionistas y tipos que no habían planeado vivir tanto tiempo como lo habían hecho. Quentin McKinzie, por ejemplo. Pocos *jazzmen* y drogadictos duran tanto. Probablemente nunca pensó que llegaría tan lejos. Según la información que Bosch había buscado en Internet, tenía setenta y dos años.

Bosch entró y se acercó al mostrador de recepción. El lugar olía como la mayoría de las residencias de baja categoría en las que había estado. Orina y decadencia, el fin de las esperanzas y los sueños. Preguntó por la habitación de Quentin McKinzie. La mujer de detrás del mostrador miró sospechosamente el saxofón bajo el brazo de Bosch.

—¿Tiene cita? —preguntó—. La visita de la tarde es sólo por cita.

—¿Todo esto es para darte tiempo a limpiar el lugar antes de que vengan los niños a ver a mi querido padre?

—Le ruego me disculpe.

—No necesito cita. ¿Dónde está el señor McKinzie?

Levantó la chapa a un palmo de su rostro. La recepcionista la miró durante un largo rato, más tiempo de lo que tardó en leerla, y luego se aclaró la garganta.

—Está en la 107. Por el pasillo del lado izquierdo. Probablemente esté durmiendo.

Bosch asintió con la cabeza y se dirigió al pasillo.

La puerta estaba entreabierta. La luz estaba encendida en la habitación y

Bosch podía escuchar el sonido de la televisión procedente del interior. Golpeó suavemente y no obtuvo respuesta. Poco a poco abrió la puerta y metió la cabeza. Vio a un anciano sentado en una silla junto a una cama. Una televisión zumbaba en lo alto de la pared opuesta. Los ojos del anciano estaban cerrados. Estaba magro y agotado, su cuerpo ocupaba solo la mitad de la silla. Su piel negra parecía gris y pulverulenta. A pesar de que el rostro delgado y la piel suelta se agolpaban debajo de su barbilla, Bosch lo reconoció. Era Sugar Ray McK.

Entró en la habitación y rodeó silenciosamente la cama. El hombre no se movió. Bosch se quedó quieto un momento, preguntándose qué debía hacer. Decidió no despertar al hombre. Puso el instrumento en el suelo, en una esquina. Y lo acunó. Se enderezó, echó otra mirada al *jazzman* dormido y le hizo un gesto con la cabeza en una especie de reconocimiento inadvertido. Cuando salió de la habitación, levantó la mano y apagó la televisión.

En la puerta fue detenido por una voz áspera.

—¡Oye!

Bosch se volvió. Sugar Ray estaba despierto y lo miraba con ojos refulgentes.

—Has apagado mi tele.

—Lo siento, pensé que estabas dormido.

Volvió a entrar en la habitación y levantó la mano para volver a encender la televisión.

—¿Quién eres tú, muchacho? No trabajas aquí.

Bosch se volvió hacia él.

—Mi nombre es Harry. Harry Bosch. Vengo...

Sugar Ray vio el saxo apoyado en la esquina de la habitación.

—¡Mi hacha!

Bosch cogió el saxofón y se lo entregó.

—Lo encontré. Vi tu nombre y quería devolvértelo.

El hombre sostenía el instrumento como si fuera tan precioso como un recién nacido. Lentamente lo giró entre sus manos, estudiando posibles daños o tal vez simplemente mirándolo de la misma manera en que miraría a un ser querido que había desaparecido hacía mucho tiempo. Bosch sintió que algo se comprimía en su pecho cuando el *jazzman* llevó el instrumento a su boca, lamió la boquilla y luego la sostuvo entre sus dientes. Su pecho se alzó cuando respiró profundamente.

Pero cuando sus dedos se pusieron a trabajar y sopló el riff, el viento escapó por el débil sello que sus labios habían formado alrededor de la boquilla. Sugar Ray cerró los ojos y lo intentó de nuevo con el mismo resultado. Era demasiado viejo y débil. Sus pulmones habían desaparecido. Ya no podía tocar.

—Está bien —dijo Bosch—. No tienes que tocar. Sólo pensé que debería estar de vuelta contigo, eso es todo.

Sugar Ray acunó el instrumento en su regazo como si lo estuviera protegiendo. Miró a Bosch.

—¿De dónde has sacado esto, Harry Bosch?

—Se lo cogí a un tipo que lo robó de una casa de empeños.

Sugar Ray asintió como si supiera la historia.

—¿Te lo robaron? —preguntó Bosch.

—No. Lo había empeñado. Un empleado de aquí lo hizo para conseguirme dinero para la tele. No me gusta quedarme en la sala de estar con los demás. Son todos suicidas en potencia. Así que necesitaba mi propia tele.

Sacudió la cabeza. Sus ojos giraron hasta el televisor de la pared sobre el hombro de Bosch.

—Imagina, un hombre que negocia el amor de su vida por esto...

Bosch miró hacia el televisor y vio un anuncio donde Santa Claus estaba bebiendo una cerveza fría después de una larga noche de reparto de regalos y alegría. Volvió a mirar a Sugar Ray. No sabía si sentirse bien o mal por lo que había hecho. Había devuelto un instrumento a un músico que ya no podía tocarlo.

Aunque esta indecisión se apoderó de su corazón, vio a Sugar Ray acercar el saxofón a su cuerpo. La sostuvo firmemente, como si fuera todo lo que tenía en el mundo. Cruzó sus ojos con los de Bosch y en ellos Harry vio que había hecho lo correcto.

—¡Feliz Navidad, Sugar Ray!

Sugar Ray asintió y miró hacia abajo. Bosch supo que era hora de dejarlo en paz. Se acercó y le agarró por un momento por el hombro.

—¿Por qué? —preguntó Sugar Ray

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué has hecho esto por mí? ¿Crees que estás jugando a Santa Claus o algo parecido?

Bosch sonrió y se agachó junto a la silla. Ahora miraba a los ojos del viejo.

—Lo hice para intentar saldar una deuda, supongo.

El viejo lo miró, esperando.

—En diciembre de mil novecientos sesenta y nueve estaba en un buque hospitalario en el Mar de China Meridional.

Bosch tocó su lado izquierdo, justo encima de la cadera.

—Un cuchillo de bambú en un túnel cuatro días antes. Probablemente no recuerdes esto, pero...

—El *USS Sanctuary*. En las afueras de Danang. Por supuesto que lo recuerdo. Eras uno de los muchachos de los albornoces azules, ¿eh?

Sugar Ray sonrió. Bosch asintió y continuó.

—Recuerdo el anuncio de la cancelación del espectáculo porque el mar estaba demasiado agitado y la niebla demasiado espesa. Los grandes Hueys no podían aterrizar con el equipo. Todos habíamos estado esperando en cubierta. Vimos los helicópteros entrando a través de la niebla y luego volviéndose de regreso.

Sugar Ray levantó un dedo.

—¿Sabes? Fue el señor Bob Hope quien dijo a nuestro piloto que volviera otra vez a ese hijo de perra y lo dejara en el barco.

Bosch asintió con la cabeza. Había oído que fue Hope. Un helicóptero se volvió y llegó al *Sanctuary*. El pequeño. Y con los cabezas de cartel a bordo.

—Recuerdo que fue Bob Hope, Connie Stevens, tú y una hermosa chica negra de ese programa de televisión.

—Teresa Graves, *Laugh-In*.

—Hombre, te acuerdas de todo.

—Que sea viejo no significa que no pueda recordar. El hombre de la luna también estaba allí.

Bosch sonrió. Sugar Ray estaba completando los detalles que había olvidado.

—Neil Armstrong, sí. Pero el resto de la banda, los Playboy All-Stars, estaba en otro helicóptero y volvió a Danang. Estabas solo y llevabas tu propia hacha. Tocaste para nosotros. Solo.

Bosch miró el instrumento en las manos grises del viejo. Recordó aquel día en el *Sanctuary* tan claramente como recordaba cualquier otro momento de su vida.

—Tocaste *The Sweet Spot* y luego *Auld Lang Syne*.

—También toqué *Tennessee Waltz*. Por solicitud de un joven en la primera fila. Había perdido ambas piernas y me pidió que tocara ese vals.

Bosch asintió solemnemente.

—Bob Hope nos contó chistes y Connie Stevens cantó *Promises, Promises*. A capella. En menos de una hora todo terminó y el helicóptero despegó. Hombre, no puedo explicarlo, pero significaba algo. Era algo bueno en un mundo desordenado, ¿sabes? Yo sólo tenía diecinueve años y no estaba seguro de cómo ni por qué estaba allí.

—De todos modos, he escuchado mucho saxofón por ahí desde entonces, pero no he oído nada mejor.

Bosch asintió y se levantó. Su rodilla crujió fuertemente. Supuso que no tardaría mucho en volver a un antro de esos. Si tuviera suerte.

—Sólo quería decirte esto —dijo—. Es todo.

—Estabas en los túneles allá, ¿eh? He oído hablar de ellos.

Bosch asintió con la cabeza.

—Podrían haberte usado para hablar de ese personaje, Bin Laden.

Señaló la televisión, como si fuera allí donde se encontraba el terrorista.

Bosch sacudió la cabeza.

—No, es un juego diferente. En aquel entonces te daban una linterna y un .45, te deseaban buena suerte y te echaban a un agujero. Ahora hay detectores de sonido y movimiento, sensores de calor, infrarrojos... es un juego diferente.

—Tal vez. Pero un cazador sigue siendo un cazador.

Por un momento, Bosch se miró a sí mismo antes de hablar.

—Tómatelo con calma, Sugar Ray.

Se dirigió hacia la puerta pero, una vez más, Sugar Ray lo detuvo.

—¡Oye, Santa Claus!

Bosch se volvió.

—Me pareces un hombre que está solo en el mundo —dijo Sugar Ray—. ¿Es verdad?

Bosch asintió sin vacilar.

—La mayor parte del tiempo.

—¿Tienes algún plan para la cena de Navidad?

Bosch vaciló. Por fin negó con la cabeza.

—Ninguno.

—Entonces, vuelve mañana a las tres. Tengo una cena y puedo llevar un invitado. Te inscribiré.

Bosch vaciló. Había estado solo tan a menudo en Navidades pasadas que pensó que podría ser demasiado tarde, que estar cerca de alguien podría ser inaguantable.

—No te preocupes —dijo Sugar Ray—. No harán puré de pavo mientras tengas dientes.

Bosch sonrió.

—De acuerdo, Sugar Ray, estaré aquí.

—Entonces, nos vemos.

Bosch caminó por el pasillo amarillento y salió a la noche. Mientras se dirigía

al coche oyó música navideña saliendo por una ventana abierta en alguna parte. Fue un instrumental, lento y pesado al saxofón. Se detuvo y le tomó un momento reconocerlo como *I'll Be Home for Christmas*⁴.

Se paró en la acera y escuchó la canción hasta el final.

Traducido del inglés por Jokin Ibañez Errasti

El autor agradece a John Houghton el que le contara su experiencia en el *USS Sanctuary*, que inspiró esta historia.

El relato *Christmas Even* se publicó originalmente en el libro *Murder and All That Jazz* en el año 2004.

4 Algo así como *Volveré a casa por Navidad*, canción grabada por Bing Crosby en 1943. Escrita por Kim Gannon y Buck Ram, con música de Walter Kent. Estaba dedicada a los soldados que no podían volver al hogar en épocas navideñas.